

editorcronicas@comercio.com.pe

contracorriente

POR GONZALO GALARZA CERF



MUNDO JOVEN. Las hermanas Stephanie y Valerie Koechlin han sido siempre una de las grandes atracciones de La Tarumba. Sin embargo, ha llegado el momento de la separación: Stephanie ha entrado en primer puesto a la Escuela Nacional de Circo de Brasil. Es tiempo de crecer

CECILIA LARRABURE/ ARCHIVO LA TARUMBA



“¡ZUÁCATE!”. Esta fue la primera obra que hicieron juntas las gemelas Koechlin con La Tarumba. Afirman que están agradecidas con la compañía y sus maestros: Carlitos, Johnny Marcelo, Violette, Soledad, Fernando y Estela.

El vuelo de las gemelas

La habitación huele a despedida: en el suelo hay una caja de plástico donde asoman algunos libros, revistas y el programa de “Artefajtus”. En esa última obra de La Tarumba, las gemelas Stephanie y Valerie Koechlin hacían piruetas y cautivaban al público desde lo alto de una carpa. Sobre la cama hay una muñeca con el rostro triste dentro de un frasco grande de vidrio, papeles y objetos mezclados, listos para ser empacados. Y en la mesa de noche sobresale un cuaderno con un dibujo de Andy Warhol, el genio del pop art. Stephanie dice que no ha podido llenarlo. Hasta hace poco, su vida estaba dividida en dos: en las mañanas trabajaba en la Cooperación Alemana, y en las tardes se ponía las mallas y hacía acrobacia. Eso fue antes de cumplir una hazaña: vencer a 145 postulantes y entrar en primer puesto a la Escuela Nacional de Circo de Brasil.

Desde que supo de su ingreso, en diciembre pasado, Stephanie ha estado disfrutando del verano y despidiéndose de su vida en Lima sin entrenar rigurosamente.

“Es la primera vez que las gemelas se separarán por tanto tiempo. Lo máximo había sido un par de meses”

Siente pena por dejar atrás todo: La Tarumba, la familia, el trabajo, los amigos, los paseos en bicicleta. A sus 25 años, se considera una chica desapegada a las cosas materiales. Dice que si se incendiara su casa, solo salvaría sus fotos y sus discos. Sus recuerdos son fundamentales, del resto podría prescindir. Como sus botines cremas, que le gustan mucho, pero los ha puesto en una bolsa: sabe que en Río de Janeiro no harán falta. Stephanie está acostumbrada a volar dentro y fuera de la carpa sin ninguna atadura. “Me gustaría pertenecer a una compañía y llevar el circo a todos lados, a lugares donde no llega, y hacerlo más democrático”, señala. Quizá por eso pensó que sería fácil viajar a Brasil, dar la prueba y estar allá. Al llegar, comprobó que sería más duro de lo que pensaba. El día que fue a la escuela de cir-



ENRIQUE CÚNEO

co, Stephanie sintió mucho miedo: “Había un montón de chicas, estaban estirándose, recontraflexibles, por la técnica se notaba que habían hecho ballet”. Compitió con 145 jóvenes en una prueba física que incluía ejercicios de elasticidad y equilibrio ante un jurado integrado por una treintena de personas. De ese grupo, solo 40 pasaron a la otra fase. El siguiente paso era una evaluación artística y psicológica. “Era complicada, consistía en varios ejercicios teatrales y yo no sabía hablar portugués, pero me las arreglaba. Igual en lo psicológico, porque tenías que hablar en grupo. Dijo lo mejor que pude y entré primera, fue increíble”, relata emocionada.

Han pasado cerca de tres meses, pero aún no deja de sorprenderse. Nunca imaginó quedar primera entre las treinta aspirantes seleccionadas. Stephanie no solo tiene agallas para estar seis metros arriba del suelo, colgada en un aro, sino también para enfrentar nuevos retos. Dice que siente una fuerza extra y sale a matar. Y mientras más difícil y riesgoso, mejor. Quizá fue por eso que Fernando Zevallos, director de La Tarumba, la invitó a formar parte de su compañía circense tras verla en una convención de malabares, cuatro años atrás.

EL INICIO

Las gemelas Koechlin Álvarez han llevado una vida entre la universidad y las clases de danza contemporánea y ballet. No solo

han compartido su pasión por el arte, sino también el mismo círculo de amigos. Y a la hora de escoger sus estudios, ambas se inclinaron por carreras de impacto social: Stephanie es antropóloga y Valerie economista. Entonces, era de esperarse que si una se convertía en acróbata, la otra iba a seguir el mismo camino.

Stephanie empezó haciendo trapezio con un grupo de amigos. Entrenaba tres veces por semana durante varias horas. Con ellos armó un número y lo presentó en una pequeña convención de malabares. La Tarumba la convocó a una prueba y en una semana era parte del elenco. Para su primera obra, “Blas”, salía de sus clases y llegaba a la compañía cuando todos se iban. Practicaba en un cuarto pequeño donde impartían clases a los niños. “Colgaba el aro, ponía colchonetas y estaba sola por horas, descubriendo y recibiendo bastante ayuda. Era como un trabajo de investigación”, recuerda. Zevallos vio su secuencia en el aro y le dio un número entero donde interpretaba a una niña. Ella salía al escenario y era como si estuviera jugando en un columpio enorme. “Esa fue mi primera experiencia con un público grande y me encantó. En esa temporada de circo fui muy feliz”.

Cuando estaba suspendida en el aire veía todo negro, cuenta Stephanie. Luego muchas luces. Y a veces distinguía alguna cara conocida, siempre cuando se la cruzara

antes. Uno de esos rostros fue el de Valerie. Ella había ocupado su lugar dentro del grupo de amigos con los que Stephanie hacía trapezio. Y se había vuelto la hinchita número uno de su hermana. Entonces, Fernando Zevallos vio la gran oportunidad: Tener unas gemelas trapezistas. Y la invitó a participar para el siguiente año.

Juntas han actuado en las obras “¡Zuácate!” y “Artefajtus”. Stephanie dice que disfruta mucho los números con su hermana. “Siento que llego a un nivel de conexión que no alcanzo con ninguna otra persona. Y las cosas nos pueden salir bien coordinadas sin la necesidad de repararlas, es más de sentir”, expresa. Está convencida de que es por el hecho de ser gemelas. La única diferencia en el aire es que Valerie tiene un poco de miedo a las alturas. Stephanie, en cambio, recuerda que de niña siempre le gustaba subir a los árboles, hacer aspas de molino y lanzarse desde lo más alto a la piscina de la casa donde vivían. En ese tiempo, las hermanas Koechlin solo se distinguían porque a Valerie le había salido un lunar. Más allá de eso, eran iguales. Ahora, Stephanie se ha dejado el cerquillo y alguna vez se puso un arete en la nariz como un sello personal. Un detalle que en entre ellas pasó desapercibido. Están condenadas a ser un espejo de la otra. Y en el mundo de fantasía del circo, lo

EL ADIÓS.

Stephanie se irá a estudiar por 3 años a una escuela de circo en Brasil. Valerie alternará su carrera con la acrobacia en los Estados Unidos.

han disfrutado enormemente.

LA DESPEDIDA

Stephanie está por dejar la casa de Barranco donde vivió por seis meses, arrullada por las olas del mar y en compañía de amigos cirqueros. Ha acomodado todo en una caja de plástico, una mochila y varias bolsas. Mientras termina de ordenar, confiesa que es una maniática. Dice que le gusta el circo porque requiere de mucha disciplina, perseverancia y fuerza. Porque lo ve como un reto más grande: “Enfrentarte a la altura no es así de simple. Hay que darle tiempo y paciencia”. Por eso los tres años en Brasil servirán para especializarse en trapezio volante y pulir las caídas y figuras suspendidas en el aire. Quien teme más por su partida es su madre. Le asusta Río de Janeiro, pero su mayor miedo consiste en que no pueda vivir del circo. Hace un tiempo que Stephanie vuela sola, pero el vínculo familiar siempre ha sido muy fuerte.

En veinticinco años es la primera vez que las gemelas se separarán

“Sienten que al hacer las piruetas alcanzan una conexión y coordinación que no logran con nadie”

por tanto tiempo. Lo máximo ha sido un par de meses. Valerie está triste, pero, la idea de irse a Estados Unidos a estudiar y trabajar en paralelo a la acrobacia, la entusiasma. Piensa que así la sensación de vacío dejada por su hermana será menor. A Stephanie no le gustan las despedidas, pero igual se divirtió mucho en la suya. Esa noche, colocó en una pared los resultados de la prueba de ingreso a la escuela circense de Brasil. Agradecida, no se cansó de decir que La Tarumba le había permitido ingresar. Que todo se lo debía a sus profesores y compañeros. Esa noche Stephanie lució unas alas que ella misma diseñó. Son las mismas que hoy acaba de coger. “Estuve con mis alas puestas. Había gente que entendía el significado, pero otra que me preguntaba. ¿No era obvio acaso?”, dice y parece que saldrá volando por los aires. Como en el circo. ■